

DE FARO DE LA *HISPANIDAD* A CENTINELA DE OCCIDENTE. LA ESPAÑA DE FRANCO EN AMÉRICA LATINA ENTRE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LA GUERRA FRÍA

Loris Zanatta¹

Resumen

Durante la Segunda Guerra Mundial la España de Franco soñó con el resurgimiento de la Hispanidad en América Latina y con minar en ella la hegemonía de los Estados Unidos aprovechando el nuevo orden mundial proyectado por las Potencias del Eje. Pero cuando la guerra se convirtió en peor para Alemania y sus aliados y el régimen español se encontró aislado y en peligro, América Latina se convirtió para Franco en una trinchera dónde buscar ayuda y aliados para convencer a los Estados Unidos que aliviaran la presión sobre España. Franco, por lo tanto, dejó entonces de lado la retórica de la primacía española incluida en el mito de la Hispanidad y llamó cada vez más a la defensa del cristianismo amenazado por el comunismo. La Guerra Fría y el nacimiento de un Bloque "occidental y cristiano", que reunió a las naciones católicas y protestantes, permitió a Franco romper el aislamiento. Al precio, sin embargo, de separarse de aquellos, en primer lugar Perón, que creían en la posibilidad de reunir a las naciones católicas y latinas en un tercer Bloque independiente de los dos resultantes de la guerra.

Palabras claves: España, Franquismo, Guerra Fría, América Latina, Peronismo.

Abstract

During World War II Spain Franco dreamed of greening the magnificence of Hispanidad in Latin America and undermine the hegemony of the U.S. taking advantage of the new world order promised by the Axis powers. But when the war turned to worse for Germany and its allies and the Spanish regime was isolated and in danger, Latin America became for Franco a trench where to look for aid and allies to convince the United States to ease the pressure on Spain. Franco therefore set aside the rhetoric of leadership inherent in the Spanish myth of Hispanidad and called for growing defense of Christianity threatened by communism. The Cold War and the birth of an alliance of "Western and Christian" nations that brought together Catholic and Protestant enabled Franco to break the isolation. At a price, however, to separate himself from those, especially Perón, who believed in the possibility of bringing together the Latin and Catholic nations to form a third block independent from the two resulting from the war.

Key words: Spain, Francoism; Cold War; Latin America; Peronism.

¹ Universidad de Bologna, Italia. Dipartimento di Politica, Istituzioni, Storia, Strada Maggiore, 45 – 40125 Bologna. E-mail: loris.zanatta@unibo.it

Primero la derrota de los “republicanos” en 1939, luego la caída de la débil democracia francesa en el '40, finalmente el fulminante fracaso de la Wehrmacht en las estepas de la odiada Rusia, atea y bolchevique, en el verano de 1941: poco importaban el hambre y el pan racionado, los lutos y los tribunales especiales, los huérfanos y los inválidos. Un futuro de gloria parecía abrirse ante Francisco Franco a medida que el Nuevo Orden mundial comenzaba a tomar forma en el corazón de Europa. ¿Por qué no pensar en grande, entonces, proyectando más allá de las propias fronteras la fuerza regeneradora de la España nacional y católica? ¿Por qué no despertar las glorias de la época del Imperio reuniendo en torno de la Madre Patria a las naciones de la América Española? ¿Acaso esa porción de América no le debía la lengua y la religión, no compartía con ella historia, costumbres, destino? ¿No era aquélla de Franco la España eterna que resurgía triunfante de las cenizas de los enemigos que la habían contaminado: los comunistas y liberales, los masones y los infieles? ¿Por qué, entonces, no ofrecerle a Hitler su “masa guerrera”² para sustraer a las repúblicas de sudamérica de la nefasta influencia estadounidense?³

Para Franco, América Latina era mucho más que un remoto teatro de la política externa de su régimen.⁴ De hecho, desde tiempo atrás la reconstrucción de la comunidad hispánica entre Europa y América era un anhelo de los diversos nacionalismos españoles.⁵ En el ideal de la *hispanidad*, la España franquista condensaba su ideología, pues en ella reencontraba las razones de su unidad interna, de su misión histórica y su lugar en el mundo: esto es, las fuentes de su legitimación.⁶ Reconstruir el cordón umbilical con la América hispánica, sustraerla de la influencia anglosajona y enviar la *División Azul* sobre el frente ruso eran piezas de un solo puzzle, fragmentos de una única cosmología. Igualmente hostil ante la democracia parlamentaria y el comunismo, a la ética protestante y al laicismo, al individualismo liberal y al colectivismo socialista, España se aprestaba a reverdecer su antiguo esplendor. Aquello de fundadora de un Imperio católico, de orgullosa cuna de una sociedad orgánica, compacta en torno a jerarquías naturales y corporaciones, impermeable a la lucha de clases y a la secularización. ¿Acaso América Latina no era,

² En español en el original. N. del T.

³ Es lo que hizo Franco en septiembre de 1940, cfr. P. Preston, **Francisco Franco. La lunga vita del caudillo**, Milano, Mondadori, 1997, p. 380.

⁴ Cfr. L. Delgado Gómez-Escalonilla, **Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953**, Madrid, CSIC 1988; R. Pardo Sanz, **Con el franquismo hacia el imperio. La política exterior española en América Latina, 1939-1945**, Madrid, UNED, 1995.

⁵ I. Sepúlveda, **El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo**, Marcial Pons, Madrid 2005.

⁶ L. Delgado Gómez-Escalonilla habla de “engranaje legitimador”, cfr. “Percepciones y estrategias culturales españolas hacia América Latina durante la Segunda Guerra Mundial”, **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, Vol. 2, n.2, julio-diciembre 1991.

por historia, fe y costumbres, la retaguardia natural de ese mismo universo ideal y espiritual? Sin duda lo creían así, cada uno a su manera, falangistas y militares, monárquicos y católicos.⁷

Esas ideas no quedaron sólo en palabrerías, especialmente cuando en 1940 Serrano Suñer, el *cuñadísimo*⁸, tomó el timón de la diplomacia española y dirigió su proa con decisión hacia el Eje. Nació entonces, en noviembre de 1940, el *Consejo de Hispanidad*. Nido de falangistas por demás jóvenes y agitados, no faltaban allí las ambiciones políticas: Estados Unidos, liberal y democrático, protestante y materialista –pensaban– estaba minando el sano basamento de la civilización hispánica y católica en América Latina, usurpando roles y derechos que consideraban propios de los españoles. Era necesaria una reacción urgente, tanto más porque el clero, los nacionalistas y conservadores, los militares e intelectuales de América, agotados ante la prepotencia *yankee*, estaban listos para acoger con brazos abiertos a la Madre Patria.⁹

¿Partía esta idea de un diseño realista? ¿O era una abstracta proyección ideológica, un onírico *wishfull thinking*?¹⁰ De una cosa Serrano y sus asesores eran concientes: el sueño de la *hispanidad* sólo podría durar en la medida en que se impusiera el fascismo en Europa, pues sólo así España podría imaginar de restablecer su primacía disputando el avance que desde decenios venía ejerciendo la influencia estadounidense. En ese Nuevo Orden, España sería el puente entre los mundos a ambos lados del Atlántico, a partir de la fuerza que le otorgaría su liderazgo natural sobre América Latina. Por otra parte, Franco pensó que contaba con una buena carta para ofuscar el influjo estadounidense a los ojos de los latinoamericanos: unido a Stalin contra Hitler, ¿acaso Estados Unidos no había cedido la antorcha del anticomunismo? Entonces, ¿no emergía España como un intrépido escudo de la cristiandad?

En los hechos, sin embargo, las cosas no estaban como parecían o esperaban en Madrid. Entre voluntad y realidad, entre fines y medios, la distancia era enorme, inabarcable. Las condiciones para que los objetivos imperiales de Franco tomaran forma, esto es la victoria del Eje y el debilitamiento estadounidense, pronto se revelaron algo quimérico, incluso aún, un tremendo lastre para los esfuerzos franquistas de lograr adeptos en América Latina. La diplomacia española no irradiaba optimismo: por todos lados señalaba que la brisa nacionalista que soplabla en la región, no hostilizaba sólo a los Estados Unidos, sino a los extranjeros en general, incluidos los españoles. Muchos gobiernos habían llegado a cerrar sus escuelas, asociaciones y periódicos.¹¹ Además, la Falange exterior, en la cual tanto confiaba Franco para diseminar la *hispanidad* en América Latina, no alcanzaba a despegar.¹² Pobre en medios y amigos dispuestos a ayudarla, Madrid a duras penas podía mantenerla en pie. Por otro lado, para los gobiernos y para muchos ciudadanos de América Latina, la Falange suscitaba más

⁷ S. Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

⁸ En español en el original. N del T.

⁹ L. Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural*, op. cit.

¹⁰ En inglés en el original. El concepto hace referencia a la idea de “deseo ilusorio”. N. del T.

¹¹ Cfr. Archivo General de Administración, AGdA, Alcalá de Henares, Bogotá a Madrid, 18 noviembre 1940.

¹² E. González Calleja, “El servicio exterior de Falange y la política exterior del primer franquismo: consideraciones previas para su investigación”, *Hispania*, LIV/1, n. 186, 1994, pp. 279-307.

sospechas que simpatías, ligada como estaba a las potencias del Eje y a la trama de sus agentes.¹³

Para Franco, en suma, no soplaban buenos aires más allá del océano, y todavía menos desde 1941, cuando el clima de guerra comenzó a expandirse por el hemisferio americano y Roosevelt intensificó los esfuerzos para unificarlo en torno a sí y a los aliados. “Si hasta algunos meses atrás –escribía el Ministro español en Costa Rica en agosto de ese año- se podía sostener la *hispanidad* aunque tuviéramos enemigos, hoy es imposible hacerlo sin esperar de ello una reacción violenta”.¹⁴ El gobierno y la prensa locales, salvo raras excepciones, no tenían dudas: el *Consejo de hispanidad* era el caballo de Troya de la penetración totalitaria en América Latina.¹⁵

Que ni siquiera se pensara en replicar a tantas “maldades”, advertía el Encargado de Asuntos Exteriores en Nicaragua: ningún medio de prensa habría publicado jamás alguna desmentida.¹⁶ La situación era aún peor en México y así en el resto de los países latinoamericanos. Incluso las Academias de la Lengua, llenas de augustos cultores del idioma español, evidenciaban insuferencia, en algunos casos al punto de romper con Madrid, o –como lo hicieron en Guatemala y Costa Rica- de constituirse en una entidad autónoma de la Academia Española, ya elevada a la instancia de órgano de gobierno de Franco.¹⁷

Sin embargo, lo peor era que además de no conquistar nuevos amigos, España perdía a los viejos. ¿Cuántos de los que –católicos y moderados- habían celebrado a Franco durante la Guerra Civil le daban ahora la espalda criticando sus acuerdos con los países fascistas? Muchos, según los diplomáticos españoles, como el monárquico Lucas De Tena, embajador en Chile, desconcertado ante quienes hacía un tiempo atrás habían sido fieles de la España nacionalista, y ahora marchaban detrás de las banderas de la causa democrática.¹⁸ Incluso, se daban casos en que los acalorados heraldos de la *Cruzada* dirigían ahora los *Comités antinazi*, y que los 12 de Octubre se celebraban sin grandes pompas, evitando mencionar a España y tanto más invitar a sus representantes.¹⁹

El caso de Somoza era emblemático, de tanto lo roía el ansia de ocultar los amores aún cercanos por Franco y de rehacerse una nueva virginidad política ante los ojos de Washington. Establecer relaciones con Nicaragua –informaba el representante español en Managua en 1943- era imposible y desaconsejable. La prensa lo insultaba, el gobierno lo esquivaba y muchos de los amigos de antaño estaban ahora en el bando opuesto. Como si no bastara, Somoza actuaba como el primero de la clase, como el

¹³ P. Preston, **Francisco Franco**, op. cit., pp. 389 y 410; cfr. AGdA, Bogotá a Madrid, 13 ottobre 1941; Caracas a Madrid, 5 de noviembre de 1945; Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de España, AMRES, Managua a Madrid, 4 de diciembre de 1943.

¹⁴ AGdA, San José a Madrid, 6 de agosto de 1941.

¹⁵ Para algunos ejemplos cfr. “Diario de Costa Rica”, San José, 2 de agosto de 1941; B. Sanin Cano, “El falangismo en América”, *El Tiempo*, Bogotá, 31 de julio de 1944.

¹⁶ AGdA, San José a Madrid, 30 de noviembre de 1941.

¹⁷ AGdA, San José a Madrid, 6 de agosto de 1941.

¹⁸ AGdA, Santiago a Madrid, 8 de febrero de 1943; para casos análogos, cfr. mi estudio **Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943**, Buenos Aires, UNQ, 1996, p. 301.

¹⁹ AGdA, San José a Madrid, 19 de septiembre y 16 de octubre de 1941.

principal exponente del ostracismo impuesto a Franco en todo el Istmo.²⁰ Por otro lado, las cosas empeoraron cada vez más para Franco a medida que la guerra comenzó a causar derrotas a Hitler y sus corifeos, porque América Latina –aún en modo desigual– se unió a Roosevelt y una onda democrática barrió a muchos *caudillos* autócratas del panorama latinoamericano.²¹

El aire se hizo entonces todavía más denso en torno a él y la huida de todo abrazo con España se volvió frenética: el régimen español era totalitario y aborrecía los principios revolucionarios del pueblo, comunicó secamente el nuevo gobierno de Guatemala al inicio de 1945 cortando sus vínculos con Madrid.²² Incluso se corría la voz de que la Conferencia de Chapultepec, cuna del nuevo orden interamericano, votaría la ruptura colectiva con España.²³

Sálvese quien pueda, pensó el presidente boliviano Villarroel cerrando la Embajada española: apretado entre las presiones estadounidenses y la incómoda imagen de buen alumno de Franco y de los militares argentinos, el gobierno boliviano buscaba así obtener las indispensables credenciales democráticas para sobrevivir en la postguerra.²⁴ Por otro lado, tiempos duros se anunciaban en Venezuela, con el nuevo gobierno de la Acción Democrática, enemiga declarada de Franco y de cualquier tipo de dictadura²⁵, y también en Perú, en donde resurgía el APRA de Haya de la Torre.

Dada la potente corriente hispanista que había acompañado a la crisis del liberalismo desde los años '30, a España y a Franco no le faltaban amigos ni simpatizantes, reales o potenciales.²⁶ Pero todos o casi todos, callaban o se hallaban en retirada al parecerles agotados tanto Franco como su proyecto de *hispanidad*. Incluso Perón, el hombre fuerte del gobierno militar de Buenos Aires –el más parecido al régimen franquista que hubiera nacido en América durante la guerra– parecía haber llegado a la estación terminal hacia septiembre de 1945.²⁷ Por otra parte, ¿se podía contar con los brillantes intelectuales que por toda la América cultivaban el amor a la Madre Patria? En Madrid confiaban en ellos, tanto que financiaban ocultamente sus publicaciones y cultivaban su fidelidad con premios y limosnas.²⁸ Pero no todos creían

²⁰ AGdA, Managua a Madrid, 11 de mayo de 1943; y AMRES, Managua a Madrid, 4 de diciembre de 1943.

²¹ L. Bethell y I. Roxborough (eds.), **Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948**, Cambridge, Cambridge University Press 1997; S. Schwartzberg, **Democracy and U.S. policy in Latin America during the Truman years**, Gainesville, University Press of Florida, 2003.

²² AGdA, San José, Encargado de Negocios de España a Encargado de Negocios de la Santa Sede, 31 de enero de 1945.

²³ AGdA, Caracas a Madrid, 7 de febrero de 1945.

²⁴ Así pensaba el embajador chileno en La Paz, cfr. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, AMREC, La Paz a Santiago, 5 de octubre de 1945; cfr. también AMRES, La Paz a Madrid, 30 de agosto de 1945, y Buenos Aires a Madrid, 1 de octubre de 1945.

²⁵ AGdA, Caracas a Madrid, 2 de noviembre de 1945.

²⁶ Véase entre otros, S. McGee Deutsch, **Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939**, Stanford University Press, 1999.

²⁷ L. Zanatta, **Perón y el mito de la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946**, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

²⁸ El caso del hispanista chileno Fernandez Larrain en AGdA, Madrid a Santiago, 27 de noviembre 1945; sobre becas de estudio, premios de viajes, ciclos de lecciones pagadas y conferencias, etc., cfr. L. Delgado

en su eficacia. Es verdad –refería Manuel García Moralejo desde Managua- esos intelectuales eran fervientes anticomunitas, antiyankees, católicos, conservadores, pero no necesariamente seguidores del gran sueño de la *hispanidad*, ni tampoco avanzadas de la política externa española.²⁹ ¿Le convenía a España apostar a ellos al precio de caer bajo la sospecha de Estados Unidos, ya irritado por las aspiraciones españolas en América Latina? Por otro lado, la *hispanidad* de los hispanistas americanos, era una forma de nacionalismo local, no del español, y no contemplaba ni el primado político de España ni el de Franco. La *hispanidad*, reflexionaba en 1943 Laureano Gómez, líder conservador colombiano e hijo devoto del universo ideológico afín al Franquismo, “no está ligada a formas políticas o concepciones del Estado específicas”.³⁰

Lo cierto es que más que cualquier otra cosa, sobre las ambiciones de Franco pendía la espada de Washington. Dadas las magras fuerzas españolas, la naturaleza del hispanismo americano y el devenir de la guerra, desafiar a Estados Unidos en América Latina significaba una acción desproporcionada. Por lo tanto, para España era mejor cambiar que caer en el suicidio. Más valía buscar fortalecer la *hispanidad*, pero “en equilibrio” con los Estados Unidos, no en contra de ellos. En suma: Viva España, y adiós a la Falange. Ciertamente, de este modo desaparecía el horizonte de gloriosa Reconquista que animaba el ideal de *hispanidad*, y peligraba cualquier deseo de primado español. Pero más que frente a la posibilidad del Imperio, Franco se encontraba ya delante de otro imperativo: la sobrevivencia.

No tuvo entonces que pasar mucho tiempo para que el viento se llevara la idea de la *revanche*³¹ hispánica sobre los odiados anglosajones. Bastaba con tomar distancia de la ideología para calarse en la más prosaica realidad, cosa que los diplomáticos españoles no pudieron evitar. Lacónicos y lapidarios, sus despachos no dejaban ninguna duda al respecto: “Chile entra definitivamente en la órbita de Estados Unidos”, escribía Luca de Tena desde ese país. La política de Roosevelt, afirmaba el ministro de la Mora desde Costa Rica, “ha revolucionado el país”.³²

Corría el año 1943 y el aire ideológico que se respiraba en América Latina no dejaba lugar a dudas: el panamericanismo, humo en los ojos de la *hispanidad*, se extendía por encima de todo.³³ Y para Franco esto era un problema: Diego Martínez Barrio y el general Miaja, exiliados republicanos en México, tejían sus redes mientras el vicepresidente estadounidense, de visita en el continente, se encontraba con sus emisarios evitando al mismo tiempo las embajadas de Franco.³⁴ Nicaragua, ¿le daba la espalda a Madrid? Será así mientras sea un feudo yankee, observaba el Encargado de

Gomez-Escalonilla, **Imperio de papel: acción cultural y política exterior durante el primer franquismo**, Madrid, CSIC, 1992.

²⁹ AGdA, Managua a Madrid, 4 de diciembre de 1943.

³⁰ “Habla Laureano Gómez”, *El Liberal*, Bogotá, 30 de junio de 1943; acerca de sus afinidades con el franquismo, cfr. J. Henderson, **Modernization in Colombia: The Laureano Gomez Years, 1889-1965**, Gainesville, University Press of Florida, 2001.

³¹ En francés en el original N. del T.

³² AGdA, Santiago a Madrid, 9 de octubre de 1941; San José a Madrid, 19 de septiembre de 1941.

³³ AGdA, San José a Madrid, 18 de marzo de 1943.

³⁴ AGdA, San José a Madrid, 18 de marzo de 1943; Santiago a Madrid, 5 de abril de 1943.

Negocios español.³⁵ Y Bolivia, ¿rompía las relaciones diplomáticas? José Luis de Aranguren, el hombre de Franco en La Paz, no lo dudaba: la dependencia de este gobierno respecto de Estados Unidos, refirió, lo priva de toda libertad.³⁶ ¿También lo haría Venezuela? Todo dependía de la voluntad de Washington, informaban desde la Embajada de España en Caracas.³⁷

Por otra parte, desde que el 4 de junio de 1943, las Fuerzas Armadas habían tomado el poder en Argentina y fundado un régimen que no escapaba a la influencia del nacionalismo hispanista, Estados Unidos veía amenazas por todas partes. Tanto más porque el gobierno de Buenos Aires violaba el ideal de unidad panamericana no declarando la guerra al Eje, ni ahorra esfuerzos por difundir una acalorada retórica antiyankee. Por ello –explicaba Juan F. de Cárdenas, Embajador en Washington- la Casa Blanca combatía a la Argentina y a España como a un solo enemigo. Su objetivo era claro: “minar la tradición hispánica para tratar de alejar a todas las repúblicas hispanoamericanas de la Madre Patria”.³⁸

De hecho, así lo veían en Madrid, y éste había sido el desafío lanzado por la España de Franco en nombre de la *hispanidad*. Lo que se dirimía en América durante la guerra era, según ella, un conflicto entre civilizaciones, un conflicto entre dos Occidentales irreconciliables: el hispánico y el anglosajón; el católico y el protestante. Como si hubiera llegado la hora de invertir el curso de la historia, pues desde el proceso de emancipación americana hasta el *desastre*³⁹ de 1898, se había expulsado a España de las Américas, dejando el campo libre a la influencia estadounidense. En resumen, España combatía el eterno conflicto entre la cristiandad y el espíritu secular que la corroía; entre la Iglesia católica y sus enemigos. ¿No era aquella la misión histórica de una España eterna que había recurrido –a partir de Franco- a las armas para liberarla incluso con la sangre de la guerra fratricida? ¿Y no fue en los hechos el clero, tanto de España como de América, su más sólido sostén mientras se cerraban las otras vías de apoyo? Y todo esto ya mucho antes de 1945, cuando los católicos entraron en los ministerios para legitimar con su apoyo al régimen en el hostil mundo de la postguerra. Obispos y sacerdotes, nuncios y religiosos, fueron en los hechos embajadores y espías, propagandistas e ideólogos de España y de la *hispanidad*.⁴⁰ No todos, claro, pero sí la mayoría. Era la Iglesia la que le rendía homenaje y le tributaba honores en las plazas colmadas durante los congresos eucarísticos, mientras los gobiernos y la prensa la trataban de contaminada; era el clero el que celebraba en Franco al digno heredero de los Reyes Católicos; el que vibraba de patriotismo conmemorando la figura de José Antonio Primo de Rivera y la *Cruzada*,⁴¹ el que polemizaba con los enemigos de la *hispanidad*, ganándose así la gratitud, las medallas y los premios brindados por las

³⁵ AGdA, Managua a Madrid, 11 de mayo de 1943.

³⁶ AMRES, La Paz a Madrid, 30 de agosto de 1945.

³⁷ AGdA, Caracas a Madrid, 5 de noviembre de 1945.

³⁸ AGdA, Washington a Madrid, 10 de marzo de 1944.

³⁹ En español en el original. N. del T.

⁴⁰ A veces colaborando con los agentes del Eje, cfr. AGdA, Santiago a Madrid, 4 y 13 de abril de 1944.

⁴¹ AGdA, Santiago a Madrid, 13 y 27 de noviembre de 1941.

embajadas de España en el mundo.⁴² Los archivos y las crónicas abundan en estos ejemplos: desde el padre Agustín de Losada, que “emanando patriotismo” trabajó para que se instalara la falange en América Central, al obispo de Valparaíso, fuente de alegría franquista por haber rehuído el encuentro con José Antonio Aguirre, el católico jefe del gobierno vasco en el exilio⁴³; desde las escuelas jesuitas y de otras órdenes religiosas que por todas partes levantaban la bandera de la *hispanidad*⁴⁴ hasta tantos obispos de España y de América Latina que se convertían en los portavoces de Franco,⁴⁵ desde los nuncios amigos y complacientes, hasta los influyentes sacerdotes, listos para hablar en favor de la causa española ante los partidos políticos afines y la oreja de los poderosos.⁴⁶

Además de vocación de la *hispanidad*, expandir y proteger la Cristiandad era una razón de vida y de identidad de la España de Franco. Claro, lo que antes había sido lanza era ahora escudo y de frontera de la España católica regenerada, América Latina se había reducido ya, hacia el fin de la guerra, a una trinchera donde protegerse invocando las raíces católicas comunes. De hecho, entonces, en el frente de la Cristiandad, el régimen español se jugaba su legitimidad y sobrevivencia. Así lo reveló la evolución de su política a medida que la ofensiva del Eje se estrellaba contra la reacción aliada. Franco no se limitó entonces a desatarse del pie la enorme bola de acero del todavía vivo amorío con los fascismos, y a cortejar a Roosevelt y Churchill esperando obtener de ellos un certificado de larga vida.⁴⁷ También hizo otras cosas en consonancia con su idea del mundo, con el mito de la *hispanidad*: formó el Bloque Ibérico con Portugal, con el fin de “conservar los valores espirituales de la civilización”; alivió las tensiones respecto del Patronato con el Vaticano, solicitando con ansiedad sus bendiciones; se afanó por restablecer los vasos comunicantes con América Latina;⁴⁸ sustituyó en la retórica y en los hechos, los retratos de Hitler y

⁴² Algunos ejemplos en AGdA, Embajada de España en Bogotá a R. P. Regino Maculet, Convento de Agustinos Recoletos, Boyaca, 4 de diciembre de 1941; Caracas a Madrid, 11 de marzo de 1945, sobre el sostenimiento de Mons. Pellín, director de *La Religión*.

⁴³ AGdA, Bogotá a San José, 11 de septiembre de 1941; Santiago a Madrid, 7 y 10 de septiembre de 1942.

⁴⁴ AGdA, Managua a Madrid, 11 de mayo de 1943; Santiago a Madrid, 16 de agosto de 1943; símbolo fuerte de *hispanidad* en Buenos Aires era el jesuita *Colegio del Salvador*, cfr. L. Zanatta, **Del Estado liberal a la Nación católica**, op. cit.

⁴⁵ Acerca del chileno Mons. Salinas, AGdA, Santiago a Madrid, 20 de diciembre de 1943; sobre Mons. Herrera, obispo de Cuzco y Mons. Aspé, obispo de Cochabamba, AGdA, Santiago a Madrid, 13 de noviembre de 1941; sobre el arzobispo argentino de Salta, artífice en 1942 de un *Congreso de la Hispanidad*, cfr. *El Pueblo*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 1941; sobre la difusión en América Latina de la carta pastoral del obispo de las Canarias, AGdA, Santiago a Madrid, 28 de septiembre de 1945; etc.

⁴⁶ Sobre Mons. Silvani, nuncio en Chile, AGdA, Santiago a Madrid, 24 de julio de 1943; sobre Mons. Taffi, encargado de Affari della Santa Sede en Guatemala, San José a Madrid, 5 de febrero de 1945; sobre Mons. Zanini, secretario de la Nunciatura en Chile, Santiago a Madrid, 10 de septiembre de 1945; acerca de las presiones del clero local sobre los gobiernos, cfr. Caracas a Madrid, 2 y 3 de noviembre de 1945.

⁴⁷ J. Tusell, **Franco, España y la II Guerra Mundial : entre el Eje y la neutralidad**, Madrid, Temas de Hoy 1995; M. Guderzo, **Madrid e l'arte della diplomazia: l'incognita spagnola nella seconda guerra mondiale**, Firenze, Manent 1995.

⁴⁸ Cfr. A. Pedro Vicente, **Espanha e Portugal. Um olhar sobre as relações Peninsulares no séc. XX**, Lisboa, Tribuna da História, 2003; A. Marquina Barrio, **La diplomacia vaticana y la España de Franco: 1936-1945**, CSIC, 1983.

Mussolini, con los de Pio XII y Carmona.⁴⁹ La idea era muy clara: mientras en el horizonte se perfilaba un mundo donde el poder sería dividido entre anglosajones y eslavos, demoliberales protestantes y comunistas ateos, la España de Franco se candidateaba a unir en torno de sí y a la sombra del Santo Padre, a la civilización hispánica y católica. Su misión y vocación encontrarían así de que alimentarse, su cohesión ideológica se fortalecería y la recuperación de prestigio e influencia en América Latina serían un valioso capital para hacer valer no en el nuevo orden hitleriano, sino en el de Occidente en armas en contra del comunismo.

Sin embargo, hacia finales de la guerra, el frente religioso se abría ante Franco no menos lleno de peligros que el político y diplomático. La inminente victoria aliada y la tendencia democrática que se extendía por América Latina le daban en los hechos inédita voz a quienes los franquistas más odiaban o temían: los llamados católicos liberales, o democráticos, los seguidores de Jacques Maritain.⁵⁰ La democracia cristiana que ellos promovían no solamente cuestionaba la legitimidad del estado católico confesional y autoritario, como era el español, sino que además, a Franco y a los suyos, les parecía que ello era parte del virus que los Estados Unidos intentaban inocular en América Latina, para combatir al catolicismo hispánico, por lo tanto a la influencia española. A los diplomáticos españoles, por ejemplo, los desvelaba el ejemplo chileno, no sólo porque era el lugar donde más fuerte y sólida era la influencia de Maritain, sino también porque allí habían llegado numerosos sacerdotes católicos estadounidenses.⁵¹

La jerarquía eclesíástica de los Estados Unidos había -entre otras cosas- reunido un Seminario Interamericano, cuya actividad los españoles miraban con una mezcla de angustia y desprecio. Aún más considerando que, según monseñor Sanabria, el prestigioso y liberalizante arzobispo de San José de Costa Rica, ese Seminario difundía en el clero latinoamericano las tesis democráticas, de las cuales era por lo más poco avezado.⁵² Por otra parte, más preocupación sumó Madrid cuando en 1943 corrió la noticia de que el joven líder democristiano chileno Eduardo Frei, reuniría pronto un congreso católico en Santiago, del que participarían Maritain y otros prestigiosos católicos democráticos, como el jefe en el exilio del gobierno vasco José A. Aguirre. Un encuentro, además, inspirado por Washington.⁵³

Lo que estaba en juego para los españoles y lo que herbía en la agitada olla del catolicismo americano afloraba por todas partes, por ejemplo en la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos, costilla continental de Pax Romana, órgano vaticano. No sorprende que la Asamblea general, reunida en Santiago en junio de 1944, provocara ondas de preocupación en Madrid y que la diplomacia española apoyara en ella a los amigos y combatiera a los enemigos, como si del éxito de los primeros y la

⁴⁹ P. Preston, **Francisco Franco**, op. cit., p. 521.

⁵⁰ O. Compagnon, **Jacques Maritain et l'Amérique du Sud. Le modèle malgré lui**, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2003.

⁵¹ AGdA, Santiago a Madrid, 15 de abril de 1943.

⁵² Cfr. "¿Para ser anti-nazi hay que ser pro-comunista?", *La Tribuna*, San José, 27 de septiembre de 1942 y "Nuevas declaraciones del Sr. Arzobispo sobre los discursos pronunciados en la Asamblea Democrática de la noche del día 18 del actual", *La Tribuna*, San José, 20 de noviembre de 1942.

⁵³ *El Imparcial*, Santiago de Chile, 14 de enero de 1943; AGdA, Santiago a Madrid, 15 de enero y 9 de febrero de 1943.

derrota de los segundos dependiera, al menos en parte, la salvación del régimen. En la óptica de la *hispanidad* tal actitud era comprensible. Por un lado estaban –escribía el Embajador en Santiago– los católicos democráticos, panamericanistas, siervos de los Estados Unidos, y por el otro, la juventud “independiente”, fiel a la idea iberoamericana, inspirada, entre otros, por el padre Juan Burón, un jesuita español.⁵⁴

Pero en este conflicto la España de Franco no estaba sola, dado el lugar reducido que ocupaba el catolicismo democrático en América Latina. Los católicos mexicanos, escribía un agente franquista, “se dirigen a España” para que envíe clero a contener la invasión de los protestantes estadounidenses.⁵⁵ ¿Y qué era –en el fondo– la dura carta pastoral contra el comunismo del Episcopado chileno, hacia fines de 1944, sino una amonestación dirigida a los jóvenes maritainianos, culpables de inteligencia con el enemigo?⁵⁶ También en el Vaticano y en Washington, Franco podía contar con fieles amigos, listos para protegerlo y para acogerlo con calor en el frente anticomunista que se perfilaba en el horizonte. Ricos y vigorosos, escribía el hispanista William Thomas Walsh, los católicos estadounidenses debían salir de su torpor y defender a Franco por lo que había sido y aún era: el muro de contención del comunismo. Si Franco caía, España se volvería comunista y con ella la América española.⁵⁷ Influyente en San Pedro y en la Casa Blanca, el cardenal Spellman no tardó en seguir esa advertencia, y con él muchos nuncios y altos prelados americanos y españoles.⁵⁸

España y América Latina, entonces, compartían un destino. Lo pensaban también en Madrid, donde de terreno de conquista, la América hispánica se había reducido ya a la última trinchera. Fue entonces que Franco abrió el paraguas para proteger a su régimen de la inminente tormenta y cambió de hábito y gobierno, llamando al catolicísimo Martín Artajo para dirigir la diplomacia al servicio de la Cristiandad y del anticomunismo: Truman lo detestaba y Europa quería su piel o lo miraba con recelo; la Iglesia y América Latina, entonces, eran las únicas cartas con las que contaba, hasta cuando, pensaba Franco, la amenaza comunista le habría “dado la razón” y obligado a sus enemigos a aceptar su compañía.

La postguerra. La *hispanidad*, una medicina en contra del aislamiento

La circular de Artajo de agosto de 1945 era clara acerca del nuevo curso de la diplomacia española.⁵⁹ Ya que España, decía, era difamada, urgía que sus representantes se comprometieran en el sostenimiento de la verdad. Una tarea ingrata, no sólo por el ambiente hostil que la circundaba, sino todavía más por la temeraria versión franquista de los hechos. Si en 1936, hemos tomado las armas, decía la circular,

⁵⁴ AGdA, Santiago a Madrid, 7 de junio de 1944.

⁵⁵ AMRES, Washington a Madrid, 18 de diciembre de 1944.

⁵⁶ AGdA, Santiago a Madrid, 30 de diciembre de 1944.

⁵⁷ *The Tablet*, 21 de enero de 1945.

⁵⁸ J. Cooney, **The American pope: the life and times of Francis Cardinal Spellman**, New York, Times Book, 1984.

⁵⁹ AGdA, Madrid a Embajadas, 12 de agosto de 1945.

ha sido para salvar “la esencia de la nación”: era cuestión de vida o muerte, se había tratado, en suma, de “legítima defensa”. En cuanto a los alemanes e italianos, Franco no les debía nada. La España era pues un oasis de cristiandad donde latía un extraordinario resurgimiento católico. La Santa Sede muchas veces había condenado el fascismo y el nacionalsocialismo –escribía Artajo– y España, fiel a la doctrina cristiana y a la sede de Pedro, la había seguido con lealtad. Así, los diplomáticos españoles debían hacer lo posible para que fuera leída con atención la carta pastoral redactada por los obispos de España durante la Guerra Civil, del mismo modo en que no debían ahorrar energías para aclarar que en España se respetaba al individuo, reinaba la paz, renacía la economía y florecían la vida cultural y el progreso social.

El llamamiento a la Iglesia y al anticomunismo, a la catolicidad y a la *hispanidad*, tenía poca probabilidad de lesionar la pared de sorda hostilidad que se levantaba en torno de España en la Europa de postguerra, y en Madrid lo sabían. Pero con la ayuda del clero y de la Santa Sede, Franco habría tal vez encontrado oídos más sensibles en América Latina, aunque, bien entendido, debía sacarse cualquier ropaje de signo imperial, vistiéndose de un modo más humilde, limitándose a predicar la hermandad espiritual y la cooperación cultural.⁶⁰ Incluso aquel llamado habría sido visto con buenos ojos por aquellos gobiernos de América Latina que estaban decididos a empuñar los tópicos de la civilización hispánica y católica en contra de la potencia estadounidense, y también por los que frente a la marea democrática reinante se encontraban en la desesperada búsqueda de un fundamento ideológico tradicional. Y todo esto, en fin, habría servido al menos para aliviar el aislamiento que padecía España. Más aún considerando que América Latina controlaba una notable cantidad de votos en las Naciones Unidas, donde se discutiría el futuro de España. ¿Por qué no imaginar, calcularon en Madrid, que demostrando contar con el apoyo de varias repúblicas latinoamericanas el régimen de Franco obtendría un trato más atento por parte de Truman? ¿Y que el mismo Truman presionara a franceses e ingleses para que ellos también moderaran su actitud hacia Franco? Eran hipótesis, pero quedaba claro a todos, en el gobierno español, que por América Latina pasaba una buena parte de su sobrevivencia.

Mientras, sin embargo, Franco tuvo que atravesar un árido desierto durante el año transcurrido entre el fin de la guerra y diciembre de 1946, cuando las Naciones Unidas sancionaron el parcial aislamiento español recomendando a los países miembros retirar a los embajadores de Madrid.⁶¹ Sobre aquel fondo, nada hacía pensar que América Latina pudiera abrirse como el Mar Rojo frente a Franco y Artajo. Las coaliciones frentistas surgidas como hongos durante la guerra estaban ahora en el poder en diversos países y eran mucho más favorables al gobierno republicano en el exilio, que a la diplomacia franquista. Los Estados Unidos, fuertes más que nunca, observaban complacientes: para ellos cada rasgo residual de fascismo parecía más amenazante que cualquier otro peligro, incluidos los espectros comunistas que pronto comenzaron a

⁶⁰ L. Delgado Gómez-Escalonilla, **Diplomacia franquista y política cultural**, op. cit.

⁶¹ Cfr. F. Portero, **Franco aislado: la cuestión española (1945-1950)**, Madrid, Aguilar, 1989.

poblar sus malos sueños.⁶² Este gobierno –refería el Encargado de Negocios español en Costa Rica en febrero de 1946– nos es hostil y nadie aquí distingue entre fascismo, nazismo y falangismo. El haberse hecho cargo de los intereses de las potencias del Eje durante la guerra había empeorado la imagen que se tenía de España. Así mismo, la prensa estaba en manos de los “rojos” en el exilio, por demás respaldados por la Embajada americana, frente a la cual se formaban colas de políticos y funcionarios en busca de credenciales democráticas.⁶³ En los periódicos y en el mundo cultural los republicanos españoles estaban por todos lados⁶⁴, mientras eran pocos los gobiernos dispuestos a socorrer a la Madre Patria, hasta tanto no contaran con el aval de Washington; para no hablar de aquellos profundamente hostiles a Franco, como los gobiernos de México y Guatemala, Uruguay y Venezuela. Pero desde Estados Unidos no llegaban sonrisas. Por el contrario, Washington promovió la acusación de que España estaba implicada en la revolución nacionalista boliviana de 1943,⁶⁵ y sobre todo, a partir del *Libro Azul* la vinculó directamente con la emergencia de Juan Domingo Perón en Argentina,⁶⁶ en calidad de eslabón de la cadena que durante la guerra había vinculado el Eje con el gobierno militar de Buenos Aires. ¿Había cambiado esta percepción? Para nada. España no gozaba de buena imagen en el concierto internacional, y no la mejoró cuando Eduardo Aunós, franquista de hierro acusado de haber vendido armas alemanas a la Argentina, fue nombrado Embajador en Brasil, o sea en el país contra el cual esas armas serían posiblemente utilizadas en caso de guerra.⁶⁷ No sorprende que en Río de Janeiro nada quisieran saber de él: es culto y simpático, observó el ministro brasileño Neves de Fontoura, pero también “abiertamente nazista”; mejor cambiarlo.⁶⁸

Pero a pesar de esto, el horizonte latinoamericano no se cerraba del todo para Franco. Ciertamente, la llave del cofre latinoamericano estaba en la Casa Blanca y nunca como entonces Estados Unidos hacían el buen y el mal tiempo en América Latina. Pero los caminos de Washington eran infinitos. ¿Por qué, entonces, no intentar recorrerlos? Mientras, la victoria de Perón en las elecciones argentinas del 24 de febrero de 1946 abrió un claro de luz en la nebulosa en la que se encontraba el régimen español. Un inmenso claro. Político ante todo, ya que la Argentina tenía su peso y el paralelo entre el cordón sanitario estrechado en torno a ella durante la guerra y el que ahora circundaba a España saltaba a los ojos. Ahora bien, viendo que tal estrategia lejos de debilitar a Perón lo había reforzado, podría inducir a Estados Unidos a reconsiderarla, incluso en relación con Madrid. Artajo no tardó un instante en comprenderlo: lo que

⁶² G. Smith, **The last years of the Monroe doctrine, 1945-1993**, New York, Hill and Wang 1994; L. Bethell y I. Roxborough (eds.), **Latin America between the second world war and the cold war**, op. cit.

⁶³ AGdA, San José a Madrid, 7 y 10 de febrero de 1946.

⁶⁴ También en Argentina y en Bolivia, cfr. AMRES, Buenos Aires a Madrid, 22 de marzo de 1946; AMRES, La Paz a Madrid, 24 de diciembre de 1946; para México, cfr. S. Faber, **Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975**, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002.

⁶⁵ AMRES, Montevideo a Madrid, 15 de marzo de 1946.

⁶⁶ Sobre estos temas cfr. Loris Zanatta, “Bolivia, Perón y la Guerra Fria, 1943-1954. Auge y Declinación de la Tercera Posición”, **Desarrollo Económico**, n. 177, abril-junio 2005, pp. 25-53.

⁶⁷ AGdA, Washington a Madrid, 15 de febrero de 1946.

⁶⁸ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina, AMREA, Río de Janeiro a Buenos Aires, 6 de marzo de 1946.

había sucedido en Argentina, observó en marzo de 1946, infundía optimismo a la política de España: Estados Unidos, vistos los resultados y la provocadora decisión de Perón de recibir una misión comercial soviética, lo pensarían dos veces antes de interferir en las cuestiones internas españolas.⁶⁹ Pero el claro abierto para España a partir del éxito de Perón era también una ráfaga de aire para la debilitada *hispanidad*. “Ahora que otros pueblos buscan ejercitar la hegemonía mundial –dijo Perón a la delegación española en el momento de su Asunción- sólo dos naciones latinas, España en Europa y Argentina en América, se encuentran en condiciones de asumir y realizar una misión espiritual”.⁷⁰ Poco importaba que fuese sincero o instrumental o qué fines persiguiese: era música para los oídos de Franco, quién lo cubrió de elogios y decoraciones. No estaba más en soledad, entonces, para exhibir la coraza de la civilización latina, hispánica, católica, frente al mundo hostil que se levantaba de las ruinas de la guerra. A su lado, joven y popular, estaba el prometedor líder del más próspero país latinoamericano. El ideal hispánico no sólo estaba vivo, sino que retomaba aliento y se aprestaba a conquistar a los seguidores hasta ahora temerosos por los triunfos de los adversarios. Con su ayuda, España quebraría la camisa de fuerza que la apesaba. Además Perón llevaba consigo el trigo, la rubia miel tan deseada en aquel mundo hambriento. El hambre y la miseria que –detrás de las pomposas frases del Caudillo respecto de los éxitos de su régimen-, golpeaban a España, se aplacarían un poco. Más estable en el poder, entonces, Franco opondría una todavía más tenaz resistencia a las presiones de franceses y anglosajones para que dejara el poder o liberalizara el régimen. Fue entonces, y no por casualidad, que la prensa inglesa comenzó a fustigar el diseño político que se vislumbraba detrás de las ayudas de Perón a España y Portugal⁷¹, sin que ello –por cierto- conmoviera a la imperturbable diplomacia española, feliz por los cargamentos de granos en viaje por el Atlántico, incluso superiores a los declarados oficialmente.⁷²

Por otra parte, la victoria de Perón no fue la sola buena noticia para Madrid. Durante los meses posteriores, le siguieron otras de menor o equivalente importancia, pero que indicaban que el tabú se había quebrado, y que era posible pensar en nuevos aliados de España en América Latina. Quizás por imitación de las posturas argentinas, por razones locales o simplemente en nombre del principio de no intervención en los asuntos internos ajenos, tan sagrado para los países de América Latina, especialmente mientras estaban negociando la creación del nuevo sistema interamericano con Estados Unidos. Lo importante para Franco era que se abriera una pequeña fisura en el cerco al que estaba sometido, y que los gobiernos latinoamericanos no prestaran su oído a las sirenas de los “rojos” de Giral en el momento de responder a la consulta sobre España en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.⁷³ El triunfo de los conservadores

⁶⁹ AMRES, Madrid a Embajadas, 7 de marzo de 1946.

⁷⁰ AMRES, Embajada Extraordinaria de España para la transmisión de poderes de S.E. el Presidente de la República Argentina, junio de 1946.

⁷¹ Tales como *Times* y *Daily Telegraph*, cfr. Archivo do Ministerio dos Negocios Estrangeiros do Portugal, AMNEP, Buenos Aires a Lisboa, 23 de marzo de 1946.

⁷² Así lo declaró el embajador español en Buenos Aires a su par portugués, Buenos Aires a Lisboa, AMNEP, 24 de marzo de 1946.

⁷³ AMRES, Madrid a Embajadas, 12 de mayo de 1946.

en Colombia en mayo de 1946, por ejemplo, inducía al optimismo. No sólo porque simpatizaban con Madrid y la Iglesia, sino todavía más porque los liberales derrotados odiaban a Franco y eran masones en su mayoría. Que luego Washington hubiera tomado bien el triunfo conservador, hacía más agradable el panorama.⁷⁴ El clima internacional parecía haber mejorado un poco, refería una circular de Martín Artajo en septiembre de 1946, mientras el gobierno argentino trabajaba por España en las otras cancillerías latinoamericanas.⁷⁵

No significaba ello que el régimen de Franco estuviera fuera del tunel. Por el contrario, visto el voto en la ONU en diciembre de 1946 y el retiro de los embajadores de Madrid. Pero existían motivos válidos para pensar que no era América Latina el lugar desde el que más se reclamaba su escalpo. Confiando en la ayuda de la Iglesia y de Perón, y agitando la amenaza del comunismo, tal vez España volvería a tomar aire y lograría convencer a Washington de la importancia de sus buenos oficios. Esa era la cuestión clave según repetían en todo instante sus diplomáticos: como nos traten dependerá de Estados Unidos y no de la ONU, decían desde Costa Rica; el nuevo gobierno nos será amigo si tendremos buenas relaciones con Washington, sostenían desde Colombia.⁷⁶ Ciertamente, acariciar el pelo a todos sin perder a Perón y su vital apoyo no parecía fácil, en el clima enrarecido sucesivo al furioso conflicto entre Perón y Spruille Braden, el hombre de Truman para los Asuntos interamericanos. Pero tampoco imposible, pues luego del fracaso en Argentina, Estados Unidos parecía dispuesto a mayor prudencia y a consultar a los latinoamericanos sobre qué hacer con Perón.⁷⁷ Una buena señal para Madrid.⁷⁸ Como lo era también el creciente énfasis de Truman en la inspiración cristiana del nuevo orden mundial, acogido con beneplácito en el Vaticano.⁷⁹ ¿No significaba acaso que mientras se resquebrajaba el frente con los soviéticos, se perfilaba una más estrecha y sólida cooperación entre la Santa Sede y Estados Unidos? ¿No era razonable esperar que de ello España sacaría algún beneficio? Algunas indiscreciones parecían confirmarlo: Estados Unidos, refirió en agosto de 1946 un diplomático colombiano luego de un encuentro con Braden, se habría atenido al principio de no intervención en el caso español si lo hubiera considerado adecuado para no favorecer los planes soviéticos.⁸⁰ Otras fuentes referían que al gobierno de Washington le preocupaba sobremanera la propaganda soviética en América Latina.⁸¹ En Madrid, por otro lado, no esperaban otra cosa que la Casa Blanca se convenciese del peligro soviético, y que comenzara a ver el fantasma del comunismo recorriendo

⁷⁴ AGdA, Bogotá a Madrid, 15 de mayo de 1946.

⁷⁵ AGdA, Madrid a Embajadas, 24 de septiembre de 1946.

⁷⁶ AGdA; San José a Madrid, 7 de febrero de 1946; Bogotá a Madrid, 15 de mayo de 1946.

⁷⁷ G. J. Dorn, **Peronistas and New Dealers: U.S.-Argentine rivalry and the western hemisphere (1946-1950)**, New Orleans, University Press of the South, 2005.

⁷⁸ AGdA; Washington a Madrid, 18 y 21 de marzo de 1946.

⁷⁹ *L'Osservatore Romano*, 12 de mayo de 1946; AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 13 de mayo de 1946.

⁸⁰ AGdA, Bogotá a Madrid, 8 de agosto de 1946; cfr. también A. Viñas, **En las garras del águila: los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)**, Barcelona, Crítica, 2003.

⁸¹ AMRES, Madrid a Embajadas, 2 de octubre de 1946.

América Latina. ¿Qué sentido tendría entonces, se preguntaban, mantener el ostracismo hacia su gobierno?

Mientras tanto, el régimen de Franco hacía ostentación del respaldo eclesiástico, cada vez más robusto y entusiasta a medida que el comunismo se extendía por Europa y el mundo de postguerra. Angustiado por esta amenaza, y en duda acerca de la determinación de los anglosajones a hacerle frente, el mismo Pío XII era entonces favorable a la unión de las naciones católicas, democráticas o no, en defensa de la Cristiandad.⁸² El llamado a la unidad católica y a la colaboración del clero se revelaron por lo tanto armas preciosas para disipar la pesada capa de plomo que todavía cubría a España en América Latina. Armas que Franco y Artajo usaron de mil maneras distintas.

En el clero, Franco tenía verdaderos agentes políticos, como José Manuel de Aguilar, de la Orden de los Predicadores, que recorrió el continente de norte a sur pregonando la causa de España, sea con ministros y presidentes, sea con las jerarquías eclesiásticas, a veces disidentes por estar inclinadas a la influencia maritainiana;⁸³ una tarea difícil e importante, particularmente en vista de la delicada asamblea de los estudiantes católicos iberoamericanos prevista en Lima, donde Franco, a pesar de su actitud de cruzado, corría el riesgo de ser fuertemente criticado aún en aquella pia asamblea.⁸⁴ Desde los cardenales hasta los humildes párrocos, España podía además contar en América Latina con un frondoso y batallador ejército de propagandistas, que no dudaba en empujar como un ariete contra la pared de aversión que se había levantado en torno a ella. Como aquel jesuita del Colegio San Calixto de La Paz, en Bolivia, español y franquista, “que no se muerde la lengua para defendernos”.⁸⁵ O el clero de “La Religión”, diario católico venezolano, el único en tomar como propia la defensa de España en un ambiente nada proclive a la “causa” de Franco.⁸⁶ Para tal fin, el gobierno organizaba viajes, pagaba estadías, imprimía libros, entre otros beneficios.⁸⁷ Monseñor Caggiano, estrella en ascenso del episcopado argentino y recién honrado con la púrpura cardenalicia, amaba España y recordaba con orgullo un viejo encuentro con Franco: por eso el gobierno de Madrid lo había invitado para que una vez de regreso en el país se dedicara a combatir la propaganda enemiga.⁸⁸ Bañada por la sangre de los mártires –declaró a “Ya” durante su estancia española- la vida cristiana florecía en España; ¿cómo sorprenderse que encontrara “eco cristiano y español” en el gobierno del estado? Y no solamente, porque Caggiano también advirtió a los católicos a no dejarse engañar por las falsas noticias esparcidas por el odio comunista hacia la

⁸² E. Di Nolfo (a cura di), **Vaticano e Stati Uniti, 1939-1952. Dalle carte di Myron C. Taylor**, Milano, F. Angeli, 1978.

⁸³ AGdA, San José a Madrid, 10 de febrero de 1946; AGdA, Santiago a Madrid, 19 de febrero de 1946; AMRES, Buenos Aires a Madrid, 21 de febrero de 1946.

⁸⁴ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 28 de febrero de 1946; y *El Mercurio*, Santiago de Chile, 23 de julio de 1946.

⁸⁵ Se trataba del padre Galiño Lago, cfr. AMRES; La Paz a Madrid, 24 de diciembre de 1946.

⁸⁶ AGdA, Caracas a Madrid, 23 de mayo de 1946.

⁸⁷ L. Delgado Gómez-Escalonilla, **Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica**, op. cit.; AGdA, Madrid a San José, 5 de febrero de 1946.

⁸⁸ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 17 de enero de 1946; Caggiano lo hizo, cfr. AMRES, Buenos Aires a Madrid, 10 de julio de 1946; sobre la figura de Caggiano, cfr. **Del Estado liberal a la Nación católica**, op. cit.

Iglesia.⁸⁹ Pio XI y Pio XII, afirmaba con énfasis en una carta pastoral el obispo de Tucumán en Argentina, no habían tenido dudas acerca de que la de Franco fuera una verdadera Cruzada. Que se avergonzaran, pues, los que reconocían al gobierno republicano en el exilio, y que razonaran aquellos católicos que no veían aún el impiadoso ataque que los masones y comunistas dirigían a la Madre Patria.⁹⁰ Palabras santas, pensó Artajo, decidiendo distribuir la entrevista de Caggiano en todas la embajadas para que la difundieran *urbi et orbi*.⁹¹

Al megáfono tan a menudo empuñado por el clero de América Latina en defensa de la Madre Patria y de su gobierno, se unía luego una intensa ida y vuelta de sotanas españolas, ampliamente ayudadas en sus tareas por las embajadas: si estaba por llegar Mons. Inciso, canónico de la Catedral de Madrid, le organizaban el dictado de algunas conferencias;⁹² si estaba prevista la visita del obispo de Córdoba, o de Palencia, se le proveía de un nutrido programa de actividades,⁹³ y así con cada una de las visitas a un ritmo frenético. Pero nada resultaba tan útil a la lucha en contra del aislamiento de la España franquista como la preciosa contribución de los nuncios apostólicos en las capitales latinoamericanas. Sea porque reflejaba la voluntad de la Santa Sede de enganchar a España en el carro de la unidad católica, sea porque para hacerlo solían agitar el fatasma con el que tanto contaba Franco para salir del encierro: las garras comunistas prontas a hacerse de América Latina. Haciendo esto, los nuncios en América sumaban pilares al puente que en el Vaticano se estaba tendiendo hacia Estados Unidos, para empujarlo a ser el guía del frente contra el comunismo en nombre del Occidente cristiano;⁹⁴ puente sobre el cual Franco soñaba transitar un día de modo triunfal. La arenga anticomunista de Mons. Centoz, por ejemplo, en el momento en que presentó las credenciales de nuncio apostólico en Costa Rica a principio de 1946, tuvo fuerte impacto en aquel ambiente saturado de acuerdos entre católicos y comunistas, y gran entusiasmo en la diplomacia franquista.⁹⁵ El nuncio en Buenos Aires había dado gran ayuda a los esfuerzos españoles para contrarrestar la ofensiva de los maritainianos en vísperas de la Asamblea de los Estudiantes Católicos.⁹⁶ Por su parte, el de Caracas se había esforzado para que la Iglesia venezolana confiriera a España el reconocimiento que el gobierno le negaba.⁹⁷ Y del mismo modo se habían movido sus homólogos en otros países.

Va de suyo que esto no implicaba la renuncia de España a conservar y robustecer el perfil hispánico del catolicismo latinoamericano invocando con orgullo lo eterno de la *hispanidad*. Pero ya no con el pecho exaltado como había sido hasta hacía

⁸⁹ *Ya*, Madrid, 2 de mayo de 1946.

⁹⁰ El texto de la carta pastoral está citado en AMRES, Buenos Aires a Madrid, 3 de julio de 1946.

⁹¹ AMRES, 2 de mayo de 1946, Madrid a Embajadas, 10 de julio de 1946.

⁹² AMRES, Buenos Aires a Madrid, 10 de septiembre de 1946; AGdA, Santiago a Madrid, 13 de septiembre de 1946.

⁹³ AGdA, Santiago a Madrid, 29 de mayo de 1947; AMRES, Madrid a Buenos Aires, 28 de junio de 1947.

⁹⁴ F. J. Coppa, "Pope Pius XII and the Cold War: Confrontation between Catholicism and Communism", en D. Kirby (ed.), **Religion and the Cold War: An Introduction**, London, Palgrave, 2002.

⁹⁵ AGdA, San José a Madrid, abril de 1946.

⁹⁶ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 28 de febrero de 1946.

⁹⁷ AGdA, Caracas a Madrid, 23 de mayo de 1946.

poco, ni tampoco en abierto desafío a los Estados Unidos y a sus impulsos imperiales, sino para defender lo que le daba fuerza, influencia y por qué no, poder de negociación. En efecto, ¿no había sido un gran presidente americano el que había reconocido que mientras fuera católica, América Latina nada tenía que temer de los Estados Unidos? Y si así era, ¿el íntimo lazo de España con el catolicismo latinoamericano no revelaba la conveniencia de tenerla como amiga, y los costos de ponerla contra la pared? En suma, ¿por qué Washington debería seguir queriendo golpear a Franco al precio de agravar las diferencias con la Iglesia y con la población católica de América Latina? Particularmente cuando, estaba claro, el clero se proyectaba como un aliado vital para conservar la unidad y la lealtad del continente frente al nuevo enemigo que se perfilaba en el horizonte.

Por lo tanto el gobierno español no cesó de sostener a sacerdotes y religiosos en las Américas, de financiar la formación de nuevas y más ilustradas camadas de sacerdotes, y de abrir las puertas de sus seminarios a los latinoamericanos aspirantes a curas.⁹⁸ A pesar de la escasez del clero, por otra parte, el catolicismo parecía gozar de muy buena salud en América Latina, observaban en Madrid. Mejor apurarse, entonces, antes de que la Iglesia estadounidense, rica y dinámica, aprovechara la oportunidad para extender su influencia, “con las relativas consecuencias políticas”.⁹⁹ Porque una cosa era la ayuda de los católicos norteamericanos para aliviar la presión de la administración Truman sobre España,¹⁰⁰ y otra muy distinta era plegarse a la avanzada del catolicismo estadounidense allí donde el de origen español conservaba prestigio y poder: en el primer caso, de hecho, Franco se consolidaba en su marmóreo perfil de cruzado, y en el segundo, su figura como héroe del estado católico se redimensionaba. A ese respecto, de todos modos, en América Latina y en el Vaticano aliados no le faltaban.¹⁰¹

De la *hispanidad* al Occidente cristiano. Franco y el inicio de la Guerra Fría

Más que un paso hacia el vacío, la resolución de las Naciones Unidas que en diciembre de 1946 dejó a Madrid sin embajadores fue para Franco un irritante obstáculo en el camino de su sobrevivencia política, por lo menos visto desde la perspectiva de la historia sucesiva. De allí en más, en efecto, la doctrina Truman primero y la cadena de acontecimientos que delineó luego el perfil del mundo bipolar, crearon las condiciones en las cuales abortó aquel esbozo de aislamiento. Como antes, o todavía más, América Latina fue entonces el escenario predilecto de la política externa española: sea para

⁹⁸ Sobre los seminaristas latinoamericanos en España, cfr. AMRES, Buenos Aires a Madrid, 24 de junio de 1946; las presiones para obtener la nómina de obispos españoles en Sucre (Bolivia), en AMRES, Madrid a Santa Sede, 19 de mayo de 1950.

⁹⁹ AMRES, Dirección Santa Sede. Informe para la Junta de Política Exterior, enero 1947.

¹⁰⁰ A. Viñas, *En las garras del águila*, op. cit., p. 59.

¹⁰¹ Acerca del sostenimiento del catolicismo hispánico en contraposición al estadounidense, cfr. card. Ruffini, AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 16 de enero de 1946; admirador del Estado católico español era el card. Ottaviani, autor de un célebre discurso ampliamente difundido por la diplomacia de Franco, cfr. AMRES, Santa Sede a Madrid, 7 y 14 de abril de 1953.

obviar el más hostil clima europeo, sea para conquistarse el sostén y obtener el crédito para hacer valer con los Estados Unidos y lograr así su indispensable benevolencia. Y todo sin abandonar sus propósitos políticos de larga data, más allá de que Washington presionara a Franco para que liberalizara el régimen, restaurara al rey o dejara libre la cuerda que apretaba el cuello de Martín Artajo, para que trasplantase en España la democracia cristiana;¹⁰² y sin tampoco, claudicar con el ideal de *hispanidad*, a menudo invocada como el tributo que España y “su” América llevarían a la más grande casa de Occidente. En este sentido, América hispánica fue para Franco instrumento y vocación, destino histórico y vía de escape del aislamiento.

Blandiendo la cruz del clero amigo y agitando la espada del hispanismo en contra de la hidra comunista, Martín Artajo no perdió tiempo y partió a la búsqueda de las fisuras en el frente antifranquista latinoamericano. Sin duda había obstáculos importantes en su camino: José Gallostra, enviado a La Paz para tratar de restablecer las relaciones con Bolivia, refirió que allí se amaba y admiraba a España, y que había interés en recuperar los vínculos de amistad, pero lo impedía la influencia de comunistas y masones, y también de los anglosajones. Por cierto, estaba el clero y los argentinos para sostener a Madrid, y no era poco, si no hubiera sido porque precisamente el abrazo argentino inducía a Estados Unidos a mirar con sospecha también a España.¹⁰³ De todos modos, cuando en enero de 1947 Argentina se burló de las Naciones Unidas enviando un embajador a Madrid, Franco se colocó en el pecho la primera y reluciente medalla. El frente enemigo se veía así destrozado por un país joven y rico, por un ferviente cultor de la *hispanidad*, o al menos de la latinidad, de cuya buena voluntad y gran ambición España aprovecharía en abundancia.

Por ejemplo, en ocasión del Congreso Postal de París en junio de 1947, en el que la vieja Unión Postal se transformó en agencia de las Naciones Unidas, Perón activó una campaña para la admisión de España –que no había sido invitada- ante las otras capitales iberoamericanas;¹⁰⁴ paralelamente a las gestiones que la Santa Sede estaba dirigiendo en el mismo sentido.¹⁰⁵ Lo mismo en Montreal durante el Congreso de la Organización Aeronáutica Civil Internacional –también ésta transformada en agencia de las Naciones Unidas-, donde la Argentina sostuvo la causa española ante las otras delegaciones latinoamericanas, presionadas en sentido contrario por Estados Unidos.¹⁰⁶ Pero todavía más en la larga fase preparatoria de la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, en agosto de 1947, en la que España tenía expectativas. Si en ella los países americanos llegaban a condenar el comunismo, como sugería el gobierno argentino y hacía suponer el eco de la doctrina Truman, para España significaría una apertura. Claro que era un hipótesis remota, visto el perfil heterogéneo de los gobiernos

¹⁰² Así lo esperaban en Washington y Franco lo sabía, cfr. AMRES, Dpto. de Política, Actividades diplomáticas norteamericanas, 5 de mayo de 1948.

¹⁰³ AMRES, La Paz a Madrid, 24 de diciembre de 1946.

¹⁰⁴ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 22 de marzo, 3 de abril y 19 de mayo de 1947.

¹⁰⁵ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 10 de marzo de 1947.

¹⁰⁶ Para el caso emblemático de Perú, cfr. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, AMREP, Buenos Aires a Lima, 20 de mayo de 1947.

latinoamericanos, pero Perón había prometido usar esa ocasión como un paso contra el aislamiento español, y en España contaban con ello.¹⁰⁷

Aunque el éxito no fuera asegurado, la iniciativa argentina tenía la virtud, para Franco, de comenzar a fragmentar la pared que separaba a América hispánica de la Madre Patria. La hendidura así abierta podría luego ser ampliada por nuevos golpes de pico. Los gobiernos de Brasil y de Chile, por ejemplo, en parte porque estaban asediados por los más fuertes partidos comunistas de la región, y también porque deseaban poner algo de plomo en las ambiciosas alas de Perón, no tardaron en reaccionar.¹⁰⁸ Los brasileños sugirieron que en la Conferencia de Río, el mundo hispanoamericano podría lanzar un llamado a las Naciones Unidas para que revocasen las sanciones en contra de España, a condición de que la iniciativa no partiera de la Argentina, tan discutida y expuesta, sino de un pequeño y más inofensivo país.¹⁰⁹ También el gobierno chileno, más dudoso pero apenas salido de una ruptura con los comunistas locales –informó el encargado de Negocios español - adheriría a una iniciativa en ese sentido.¹¹⁰ Una cosa era cierta: en Santiago la España franquista no tenía más los fusiles dirigidos en su contra, y los republicanos exiliados no contaban más con la gracia del gobierno.¹¹¹ Y lo mismo en Costa Rica, donde después de años de purgatorio, la diplomacia de Franco registraba complacida un cambio total de actitud.¹¹² Tampoco faltaban los entusiastas: Nicaragua, tan contraria hacia España hasta hacía poco, aceptó la posibilidad de actuar como abre caminos, introduciendo el caso español en la Conferencia de Río,¹¹³ mientras el presidente boliviano Hertzog, cultor de la *hispanidad* y admirador de Franco, no sólo estaba ansioso de ayudarlo, sino que se aprestaba a imitar a la Argentina y reabrir la embajada en Madrid.¹¹⁴ En suma, para España algunos claros comenzaban a verse en el cielo latinoamericano. Incluso en la derrota sufrida en la Conferencia de la Unión Postal, se evidenciaba “el evidente progreso” en el voto de los países latinoamericanos.¹¹⁵ Y Estados Unidos, aunque muy preocupado de no irritar a sus aliados europeos y de no alimentar la propaganda de Moscú dando la impresión de mimar a Franco, parecía apreciar el sostén del que gozaba el líder español en los países hispánicos de América. En especial desde que en Washington advirtieron que la Unión Soviética estaba intentando crear problemas en América Latina para alejar a Estados Unidos del teatro europeo, como reveló Robert Newbegin, del Departamento de Estado norteamericano, en su visita a las capitales centroamericanas en el otoño de 1947.¹¹⁶ Lo que más interesa ahora a Estados Unidos -

¹⁰⁷ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 16 y 21 de mayo de 1947; Buenos Aires a Madrid, 10 y 17 de mayo de 1947.

¹⁰⁸ Cfr. L. Bethell – I. Roxborough (eds.), **Latin America between the second world war and the cold war**, op. cit., pp. 33-91.

¹⁰⁹ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 27 de mayo de 1947.

¹¹⁰ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 29 de mayo de 1947.

¹¹¹ AGdA, Santiago a Madrid, 16 de julio de 1947.

¹¹² AGdA, San José a Madrid, 14 de junio de 1947.

¹¹³ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 2 de junio 1947.

¹¹⁴ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 7 de junio de 1947; La Paz a Madrid, 23 de junio de 1947; Madrid a Buenos Aires, 21 de junio de 1947.

¹¹⁵ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 2 de junio de 1947.

¹¹⁶ AGdA, San José a Madrid, 15 de abril de 1947.

observó entonces aliviada y esperanzada la diplomacia española - es crear frentes anticomunistas en los países de América Latina.¹¹⁷ De tal manera España parecía a punto de haber salido de la mira de Washington para transformarse en una preciosa espalda que no debía ser excluida ni aplastada, sino cultivada y persuadida.¹¹⁸

Sin embargo, no todo lucía perfecto para Franco en América Latina, ni lo pasos que estaba dando para salir del túnel del aislamiento se podían considerar unos simples paseos al aire libre. De hecho implicaban elecciones y costos, pues cada vez que Madrid tiraba la manta de un lado, descubría otro igualmente importante. Para sobrevivir, Franco tuvo que asumir esa realidad: mantener los pies en dos estribos —el de la *hispanidad* y el de Occidente dominado por Estados Unidos; el del Eje latino con Perón y el panamericanista- era un temerario y peligroso equilibrio. Fue entonces, hacia la mitad de 1947, cuando el gobierno español comenzó a darse cuenta con mayor claridad de la inconveniencia de la situación.

Si bien estaba feliz por el cálido sostén argentino y por la esperanza que significaba el bloque de naciones hispánicas evocadas por Perón,¹¹⁹ Franco no pudo evitar escuchar otras sirenas menos alegres. Las continuas tensiones entre Estados Unidos y Argentina, y el riesgo de ver cerrada la vía que conducía al primero debido a las relaciones demasiado íntimas que mantenía con la segunda, aconsejaban prudencia, circunspección. Una mediación entre Washington y Buenos Aires, como aquella por un instante ventilada por el presidente brasileño Dutra en mayo de 1947, habría sido ideal para España.¹²⁰ Pero era poco más que una ilusión, vista la naturaleza del conflicto,¹²¹ y no prosperó.

Por otro lado, irritar a Perón cuando las puertas de Washington estaban todavía cerradas, habría sido aún más imprudente. Al respecto, José María de Areilza, el falangista embajador en Buenos Aires, advertía que no había que entusiasmarse del anticomunismo de Truman al precio de perder la simpatía de los nacionalistas latinoamericanos, celosos de su soberanía frente a Washington.¹²² En especial mientras Eva Perón recorría España en medio de un inmenso clamor, prometiendo compartir con el pueblo español cada espiga de trigo argentino como “solidaria expresión de cristiandad, paz y justicia social”.¹²³ Tanto más cuando la campaña argentina para levantar las sanciones a Franco —eficaz gracias al poder de negociación que Perón obtenía a partir de sus graneros llenos- llegaba hasta adonde España no podía, donde más hostiles le eran los gobiernos: en Venezuela, Guatemala, México, Cuba, Panamá. En cada uno de ellos, Perón había instruido al fiel senador Molinari para que operara en

¹¹⁷ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 22 de marzo de 1947.

¹¹⁸ Lo confirmaba el nuevo posicionamiento del embajador estadounidense en Argentina, cfr. AMRES, Buenos Aires a Madrid, 29 de mayo de 1947.

¹¹⁹ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 17 de mayo de 1947.

¹²⁰ *Ibidem*.

¹²¹ Cfr. L. Zanatta, **Bolivia, Perón y la Guerra Fría, 1943-1954**, op. cit.

¹²² AMRES, Buenos Aires a Madrid, 29 de mayo de 1947.

¹²³ J. A. Camarasa, **La Enviada: el viaje de Eva Perón a Europa**, Buenos Aires, Planeta, 1998; AMRES, Buenos Aires a Santiago, 1 de julio de 1947.

función de la reapertura de las relaciones entre España y “su” América.¹²⁴ En el caso de México, el más espinoso e importante, Perón obtuvo incluso el indulto para un comunista español naturalizado mexicano, en espera de la ejecución en las cárceles españolas: en la Conferencia de Río, le dijo a Franco, podría así hablar de España en un clima más distendido.¹²⁵ En Venezuela, en cambio, donde el gobierno de Rómulo Betancour mantenía un total desprecio por Franco, la diplomacia argentina unió sus esfuerzos a los de Portugal y Bolivia con el fin de obtener cierta moderación para con España en nombre de su férreo anticomunismo, sin ahorrar ante la necesidad política el uso del trigo como arma para mitigar al gobierno de Caracas, golpeado por una grave crisis alimentaria.¹²⁶

A España, sin embargo, Perón no sólo daba dones y ayudas, palmadas en la espalda y buenas palabras en los oídos de los otros, sino también problemas. Es verdad que él, en lo inmediato, fisuraba la política de aislamiento hacia España reavivando al mismo tiempo la llama de la *hispanidad*, pero la imagen de un “pequeño Eje” entre Buenos Aires y Madrid, tenía el riesgo de evocar el espectro de una Internacional fascista, idea que Artajo trataba de alejar lo más posible.¹²⁷ El enfático anuncio al mundo, en julio de 1947, de la Tercera Posición peronista a caballo entre los dos nacientes bloques de la Guerra Fría parecía ofrecer a España una casa común de países neutrales, católicos, latinos, preferiblemente hispánicos;¹²⁸ la casa donde soñar el templo de la *hispanidad*. Pero indicaba también una pendiente pronunciada hacia la ruptura de la unidad occidental y de la solidaridad panamericana, precisamente mientras la llamada a confluir en un único frente se hacía imperativa. En fin, amenazaba con abrir un abismo entre España y Estados Unidos allí donde hasta ahora había habido apenas un foso, y de llevar a Franco a la colisión con muchos gobiernos latinoamericanos de los cuales comenzaba apenas a reconquistar la confianza. Por lo tanto, era comprensible que él deseara acercarse a Perón sin cerrarse la vía de Washington, y todavía más que no se resignara a ver fagocitada la idea de la *hispanidad*, tan cara a la liturgia de su régimen, por aquella, nueva y vaga, de Occidente. Pero tener todo era imposible y se acercaba el tiempo de las decisiones.

En tanto, la cálida acogida española de la doctrina de Perón había sido causa de “profundo disgusto” en el gobierno chileno, que había tardado *sine die* el nombramiento de un embajador en Madrid. Y lo mismo valía para Brasil, que subrayó una vez más su fidelidad panamericana y la aversión a un eventual Bloque latino de naciones.¹²⁹ En

¹²⁴ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 19 de junio de 1947; Perón sobrevaloraba la influencia internacional de su país; Madrid no siempre vio con agrado la acción en su favor que llevaba adelante Molinari, cfr. AMRES, Madrid a Buenos Aires, 23 de junio de 1947.

¹²⁵ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 24 de junio y 29 de julio de 1947; Madrid a Buenos Aires, 7 de julio de 1947; no fue el único caso, cfr. AMRES, Buenos Aires a Madrid, 23 de diciembre de 1947.

¹²⁶ AGdA, Caracas a Madrid, 29 de julio y 9 de agosto de 1947.

¹²⁷ Comenzó a hablarse cada vez más de un “pequeño eje”; cfr. R. Betancour, “La amenaza del totalitarismo derechista. La Junta Militar de Venezuela sigue al eje Madrid-Buenos Aires”, *La Jornada*, 3 de agosto de 1949.

¹²⁸ *Por la Cooperación Económica y la Paz Mundial*, Declaración del Excmo. Señor Presidente de la Nación Argentina, General Juan Perón, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires 1947.

¹²⁹ Sobre Chile, cfr. AGdA, Santiago a Madrid, 3 de agosto de 1947; sobre Brasil, ver las declaraciones del ministro exterior Fernandes, *New York Times*, 7 de agosto de 1947.

suma, la Conferencia de Río estaba ya por comenzar y el cielo amenazaba volver a nublarse para España, mientras que la campaña de la prensa inglesa acerca de su entusiasta aval al proyecto de Perón no mejoraba su situación.¹³⁰ Y todo esto la inducía a frenar, corregir, precisar. En el fondo, escribió Artajo, los términos de la respuesta española al anuncio argentino habían sido similares al de los otros, incluidos la Santa Sede y Estados Unidos: cordial pero formal. Sin embargo el problema era que detrás de tanta formal cordialidad prevalecía en muchos gobiernos latinoamericanos una inmensa desconfianza hacia las intenciones argentinas, en las que se veía no sólo un deseo de primacía política, sino también la expresa voluntad de debilitar a Estados Unidos.¹³¹ Entonces en Madrid comenzaron a temer que el amoroso abrazo argentino se trasmutara en una estricta moral: para evitar malentendidos –Artajo ordenó a los representantes españoles en las Américas- aclarar mejor que España no había delegado en ninguno la tarea de hablar por ella, ni ante las Naciones Unidas ni en la Conferencia panamericana de Río. Si bien Madrid vería con buenos ojos a quienes defendieran su causa, ello no significaba compartir las responsabilidades.¹³² Después de esto, José María de Areilza se apresuró en aclarar los términos de la cuestión en un largo coloquio con su colega estadounidense.¹³³

En verdad, América Latina estaba aún demasiado dividida frente al caso español para afrontarlo sin que se agudizaran los conflictos, por lo que el vértice de Río se desarrolló sin novedades. Pero ya se anunciaba la Asamblea Anual de las Naciones Unidas, en la que en noviembre de 1947 la resolución aprobada el año anterior que había decidido el retiro de los embajadores, sería nuevamente puesta en consideración. Para la diplomacia y la política, en suma, había trabajo urgente y abundante. En un año, no había dudas de que lo que Madrid llamaba *el cerco*, se había aflojado mucho. La Guerra Fría le sacaba a Franco muchas castañas del fuego: en Washington, aún sin amararlo, ya habían renunciado a librarse de él; en el Vaticano lo alentaban a resistir y se movilizaban para sustraerlo del estigma del aislamiento, incluso en América Latina el horizonte se había aclarado notablemente.¹³⁴ Pero sobre el otro plato de la balanza seguían pesando fuertemente otros elementos, que le impedían levantar del todo la cabeza y sentirse nuevamente parte de la comunidad internacional: Francia, Gran Bretaña y el resto de Europa occidental, aunque menos agresivas que antes, no dejaban de ser siempre hostiles y se lo recordaban a Washington.¹³⁵ Por otro lado, en Estados Unidos –a pesar de que respecto de España se aprestaba a abstenerse en la ONU- la resistencia contra su régimen no había desaparecido, especialmente por parte del mismo

¹³⁰ *Sunday Times*, 3 de agosto de 1947.

¹³¹ AGdA, Washington a Madrid, 11 de agosto de 1947; AMRES, Madrid a Santiago, 11 de agosto de 1947; AGdA, Santiago a Madrid, 12 de agosto de 1947.

¹³² AMRES, Madrid a Buenos Aires, 20 de agosto de 1947.

¹³³ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 26 de agosto de 1947.

¹³⁴ P. A. Martínez Lillo, “La política exterior de España en el marco de la guerra fría: del aislamiento limitado a la integración parcial en la sociedad internacional, 1945-1953”, en J. Tusell, J. Avilés, R. Pardo (eds), **La política exterior de España en el siglo XX**, Madrid, UNED, 2000, pp. 323-340; J. L. Neila Hernández, “The Foreign Policy Administration of Franco’s Spain: From Isolation to International Realignment (1945-1957)”, en C. Leitz, D. J. Dunthorn (eds.), **Spain in an International Context, 1936-1959**, New York – Oxford, Berghahn Books, 1999, pp.277-298.

¹³⁵ P. Preston, “Franco’s Foreign Policy”, en C. Leitz, D. J. Dunthorn (eds.), op. cit., pp. 1-17.

Truman, con el resultado de que los cordones de la bolsa no se aflojaban y no llegaban los préstamos indispensables para que Franco reactivara su desastrosa economía.¹³⁶ Con las puertas europeas blindadas y con la estadounidense apenas entreabierto, las repúblicas hispánicas quedaban así como el más prometedor de los canales para salir del aislamiento. No sólo porque allí podía proyectar su influencia cultural y espiritual, sino también porque de América Latina podía conquistar votos favorables en las Naciones Unidas, *partners* económicos para aliviar las angustias, y preciosos intermediarios frente a Washington. Navegar en estas aguas no estaba exento de riesgos, pero no se veían otras alternativas y era necesario correrlos. Buscando no irritar a ningún gobierno ni inducir a Washington de volver atrás en los pasos ya dados, sino de convencerlo de la conveniencia de dar otros para asegurarse la preciosa alianza con aquel país tan estratégico en Europa como influyente en América Latina, Franco contó una vez más con la generosa e interesada atención de Perón; un Perón que no dejaba de “rebotar afecto por España” -según reportó Areilza en septiembre de 1947- deseoso como estaba de tener al gobierno español lejos de Estados Unidos y enganchado en su sueño de bloque latino.

La estrella de Perón brillaba entonces más que nunca en América Latina. Es verdad que sembraba temores, pero también esperanzas y epígonos. Ninguno como él quería, podía y encontraba conveniente sostener a la Madre Patria y su régimen. ¿Uruguay no amaba a Franco, pero quería evitar conflictos con el potente vecino argentino? Pídale a Perón, escribió Artajo a Areilza, que recomiende al gobierno de Montevideo de no votar contra España.¹³⁷ ¿Perón debía encontrarse con el general Morinigo, presidente paraguayo y su fiel amigo? Que le pidiera de normalizar las relaciones con España.¹³⁸ ¿El delegado colombiano en las Naciones Unidas había desobedecido a su presidente votando en contra de España? Se le pidiera a Perón que presionara al gobierno de Bogotá para obtener que desmintiera su delegado.¹³⁹ ¿Alguien había ventilado la vieja idea de Franklin D. Roosevelt de que a España se le ofreciera un asiento en la Unión Panamericana? Que se escuchara la opinión de Perón.¹⁴⁰ Y así al infinito, especialmente en los corredores de las Naciones Unidas, donde la delegación argentina se erigía en portavoz de los intereses de Franco.

Estando así las cosas, no sorprende que una sutil pero creciente ambigüedad comenzara a permear las relaciones entre Buenos Aires y Madrid. Cuando el resultado del voto en las Naciones Unidas reveló cuánto se habían ya mitigado las presiones en torno a Franco, era obvio que el gobierno argentino se apurara a reivindicar el éxito. De hecho la condena contra España del año precedente, aunque en vigor, no había sido repetida y se había rechazado la moción belga de censura a la Argentina por haber violado el embargo diplomático respecto de Madrid.¹⁴¹ “El aislamiento diplomático de España ha terminado”, anunció en modo entusiasta Juan Bramuglia, Ministro de

¹³⁶ M.S. Byrnes, “‘Overruled and Worn Down’: Truman Sends an Ambassador to Spain”, **Presidential Studies Quarterly**, n. 2 (1999), pp. 263-279.

¹³⁷ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 14 de septiembre de 1947.

¹³⁸ Perón prometió hacerlo, AMRES, Buenos Aires a Madrid, 12 de octubre de 1947.

¹³⁹ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 16 de octubre y 8 de noviembre de 1947.

¹⁴⁰ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 5 de noviembre de 1947.

¹⁴¹ P. A. Martínez Lillo, **La política exterior de España**, op. cit.

Relaciones Exteriores argentino, agregando que el gobierno de Perón iniciaría una campaña en las cancillerías latinoamericanas para obtener de inmediato el envío de embajadores a España.¹⁴² Artajo, desde Madrid, no podía pedir algo mejor: todo dejaba entender que las Américas y parte de Europa dieran por liquidada la “cuestión española” y que abandonar la política de aislamiento hacia España no tenía costos ni sanciones. La Argentina, que en el fondo había sido la primera en hacerlo, había sido elegida en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.¹⁴³ Fortalecido por este clima, y mientras movía por todos lados sus fuerzas para obtener la reapertura de las embajadas en Madrid, el gobierno español llamó como siempre al sostén del gobierno argentino. Como parecía que el gobierno de Perú estaba entre los más disponibles a restablecer las relaciones con España, observó Artajo, una presión argentina para que acelerase los tiempos sería tal vez “decisiva”; y lo mismo en Bolivia, Ecuador y Paraguay, donde Argentina ejercía influencia y condicionamientos económicos, y donde la voluntad de los gobiernos de reconciliarse con Franco debía sortear pesados obstáculos políticos.¹⁴⁴

No hay duda hasta aquí que Perón era para Franco el más preciado de los aliados, pero existía un límite más allá del cual, se ha visto, tal amistad tenía el riesgo de transformarse para él en una pesada carga. Y ese límite se sobrepasaba cuando el gobierno argentino se erguía como portavoz de España en relación con Estados Unidos, con quién Bramuglia se proponía insistir por el reingreso español en los organismos internacionales.¹⁴⁵ El hecho es que lo que buscaba Perón no le servía a Franco, y que el mundo visto desde Buenos Aires era distinto del que se veía desde Madrid. Si para Perón, en el máximo de poder y de popularidad y lejos de la frontera europea de la Guerra Fría, le urgía limitar la hegemonía estadounidense en América Latina, oponiéndole un frente latino del que España era una preciosa perla, para Franco las cosas eran de otro modo. Sea porque lejos de volar sobre las alas de entusiastas masas temía por la sobrevivencia de su régimen, sea porque por eso mismo le era vital debilitar la hostilidad europea y conquistarse la benevolencia estadounidense. Pero si era así, entonces la Guerra Fría contra la que Perón dirigía sus maldiciones por considerarla la antesala del dominio absoluto de los Estados Unidos en América Latina, era para Franco un maná caído del cielo que le abría las puertas de la comunidad internacional. De acuerdo, pues, para mimar a Perón y bendecir sus ayudas, pero subirse a su carro y llamarse fuera del furioso conflicto que estaba dividiendo al mundo habría sido para Franco una locura. No por casualidad, su obsesiva invocación de la *hispanidad* se hizo entonces más vacía y abstracta,¹⁴⁶ mientras prefirió cada vez más presentarse a los ojos del mundo como el centinela del Occidente cristiano.¹⁴⁷ Y cuando Perón, angustiado por el poderío yankee, le preguntó a Areilza qué cosa habría hecho Franco en caso de guerra entre las superpotencias, éste no pudo más que admitir que

¹⁴² AMRES, Madrid a Buenos Aires, 13 de noviembre de 1947.

¹⁴³ AGdA, Madrid a Santiago, 17 de noviembre de 1947.

¹⁴⁴ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 20, 21, 28 de noviembre y de 2 de diciembre de 1947; AMREC, La Paz a Santiago, 4 de diciembre de 1947.

¹⁴⁵ AMRES, Madrid a Buenos Aires, 13 de noviembre de 1947.

¹⁴⁶ Cfr. J. Gracia, **La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España**, Barcelona, Anagrama, 2004.

¹⁴⁷ A. Viñas, **En las garras del águila**, op. cit., p. 189.

encontrándose donde estaba, España no habría podido decidir con el mismo grado de libertad del cual hacía ostentación la Argentina.¹⁴⁸

Los equilibrios en el mundo salido de la guerra, en suma, imponían sus reglas también a Franco, no obstante la congénita impermeabilidad de su régimen al espíritu y valores de las potencias occidentales a las cuales ahora aspiraba a acompañar. Y lo que ellas decían estaba claro: la clave de su futuro estaba en Washington, no en Buenos Aires o en la América española, más allá de que la una y la otra podían contribuir para convencer a Estados Unidos de la conveniencia de digerir a Franco, gustase o no. También en términos económicos, si era verdad que con sus préstamos y su trigo la Argentina había mantenido a flote a España y que un Protocolo todavía más ambicioso estaba en avanzada fase de negociación,¹⁴⁹ lo que ella podía hacer era bien poco. Ciertamente, podía substituir en parte las ayudas que Madrid no habría obtenido del Plan Marshall, del cual los aliados europeos de Estados Unidos insistieron para excluirla, pero en cuanto a los préstamos de larga duración y las fuertes inversiones productivas sin las cuales no tendría con que reactivar su economía, sólo Estados Unidos podía ayudarla.¹⁵⁰

Pero más allá de cruciales consideraciones económicas, el gobierno español era conciente de que el voto en las Naciones Unidas, hacia finales de 1947, que le había hecho entrever por primera vez la luz al final del tunel, era en buena medida el fruto de los nuevos vínculos establecidos con Estados Unidos, sin duda más que de los buenos oficios argentinos. De hecho, negándose a acompañar a los socios europeos en la condena a España, Washington había abierto el camino que varios gobiernos latinoamericanos ansiaban seguir, como lo reveló el comportamiento del representante de Costa Rica –por citar un caso-, antes un acérrimo enemigo de Franco y ahora orgulloso de haber contribuido a derrotar la ofensiva asntiespañola de Moscú de acuerdo con los consejos de Estados Unidos.¹⁵¹ Es que ya dominaba el clima de la Guerra Fría y las condiciones para la salvación de Franco se acrecentaban. La misma Europa, todavía hostil para acoger a aquel incómodo vecino en la naciente comunidad atlántica, se estaba adecuando a la nueva situación: en marzo de 1948, resignados e impotentes, los franceses reabrieron la frontera con España. En tanto en Washington, las residuales resistencias de Truman a la conciliación con Franco disminuían día a día, a medida que se profundizaba el conflicto con los soviéticos y las presiones del Pentágono enfatizaban la importancia de una alianza con España.¹⁵² Por su lado, la Santa Sede, ya convencida de la voluntad de Truman de guiar un Occidente unido frente a la amenaza comunista, desplegaba todos sus argumentos y energías para que España fuera sacada del pozo en que se encontraba. Y esto valía para el cardenal Ottaviani como para Mons. Montini, o sea tanto para quienes dentro de los muros

¹⁴⁸ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 16 de enero de 1948.

¹⁴⁹ R. Rein, *La salvación de una dictadura: Alianza Franco-Perón, 1946-1955*, Madrid, CSIC, 1995.

¹⁵⁰ Para Perón, las ayudas argentinas a España significaban un más que digno sustituto del Plan Marshall, AMRES, Buenos Aires a Madrid, 30 de septiembre de 1947; sobre este tema, cfr. A. Viñas, *En las garras del águila*, op. cit., p. 52.

¹⁵¹ AGdA, San José a Madrid, 29 de noviembre de 1947.

¹⁵² B. N. Liedtke, "Compromising with the Dictatorship: U.S.-Spanish Relations in the Late 1940s and Early 1950s", en C. Leitz, D.J. Dunthorn (eds.), *Spain in an International Context*, op. cit., pp. 265-276.

vaticanos miraban felices y admirados el estado católico del general Franco, como para quienes lo encontraban anacrónico y deseaban que moderara su confesionalismo.¹⁵³ Por fortuna, observó entonces Mons. Ciriaci, nuncio en Lisboa, Estados Unidos había tomado el timón de Occidente y había sustituido la actitud “negativa” hacia España por otra “positiva”.¹⁵⁴ Por otro lado, desembarazarse de Franco, incluso para restaurar la monarquía, habría sido en aquella Europa llena de tensiones una peligrosa aventura, la antecámara de la revolución: así pensaba Pío XII.¹⁵⁵

De como la noción de Occidente fagocitó la de *hispanidad*

En el otoño de 1948, al calor del sofocado clima del golpe de Praga, de las elecciones italianas y del bloqueo de Berlín, todo parecía listo para que España arribara en el acogedor puerto de Occidente. El camino destinado a coronarse en 1953 –con el Concordato con la Santa Sede y los acuerdos bilaterales con Estados Unidos- se dibujó nítidamente entonces. Como confesó el marqués de Aycynema, embajador de Franco en el Vaticano, el gobierno español deseaba retomar su lugar entre las naciones occidentales, en defensa de la civilización común y de la religión cristiana.¹⁵⁶ Al hacerlo, el régimen de Franco se aprestaba, conciente o no, a modificar los fundamentos ideales de su régimen, el horizonte ideológico de su legitimación. La invocación de la civilización hispánica, cuna de fe y valores igualmente hostiles e impermeables a los de los eslavos y de los anglosajones, comenzaba así a diluirse en el más grande lago del Occidente cristiano, sobre las huellas de la Iglesia, de la cual Franco se erguía como paladín en nombre de la cruzada en contra del peligro comunista. De este modo cambiaban imperceptiblemente pero para siempre el lugar y las aspiraciones de España en el mundo: un tiempo potencia imperial americana y europea, luego expulsada por la América devenida independiente, había cultivado durante la guerra el sueño de retomar lo que había perdido. Sin embargo, terminadas las hostilidades había debido reconocer el ocaso de la *hispanidad*, apenas reducida a tenue comunidad espiritual en la cual apoyarse, para tener ayuda en la difícil admisión en el seno de Occidente, ya bajo la guía estadounidense.

El retorno del hispanismo que por un instante animó Franco y su gobierno en abril de 1948 no fue por lo tanto más que el canto del cisne, la ratificación de que la apelación a la *hispanidad* era ya un arma gastada, un instrumento para agitar o exhibir cada vez que la puerta entreabierto de Washington amenazaba con cerrarse, generalmente bajo la presión de la hostilidad europea. La exclusión de España del Plan Marshall indujo entonces a Franco a cerrar los tiempos y a acelerar la firma del Protocolo con la Argentina de Perón. Lo había dicho ya Mons. Cicognani, nuncio en Madrid: atención con empujar a España, tan necesaria para la unidad de Occidente, hacia una rencorosa neutralidad. Tanto más, había añadido Myron Taylor, representante

¹⁵³ AMREC, Santa Sede a Santiago, 17 de febrero de 1948.

¹⁵⁴ E. Di Nolfo (a cura di), **Vaticano e Stati Uniti**, op. cit., pp. 554-557.

¹⁵⁵ *Ibidem*, pp. 563-564.

¹⁵⁶ *Ibidem*, pp. 565-567.

de Truman en el Vaticano, cuando ella tenía un peso no sólo en el Mediterráneo sino también en América Latina.¹⁵⁷ Pero lo que para Perón significaba el coronamiento del Eje latino entre Madrid y Buenos Aires, era para Franco esencialmente un bofetada, una advertencia para los que en Europa y en Estados Unidos habían congelado su triunfal salida del aislamiento.¹⁵⁸ Lo que para el primero quería ser un puño sobre la mesa de la política internacional, le servía a Franco para advertir a Occidente que si lo constreñía, aún contaba con la carta de la *hispanidad*.

Mejor que Perón, lo había entendido Hernán Benítez, sacerdote e ideólogo peronista íntimo de Eva Perón: cercado por el desprecio europeo -dijo al embajador Areilza en junio de 1948- Franco no esperaba otra cosa que liberarse de la amistad argentina y entregarse a Estados Unidos.¹⁵⁹ Palabras bruscas pero que daban en el blanco. Paria en la Europa atlántica, España se abría camino hacia Estados Unidos, atlandizándose a su vez, como la misma América Latina que lejos de hispanizarse se fue americanizando, no obstante la fiera aunque estéril resistencia peronista. En suma, empujada por la Guerra Fría, la invocación de la pertenencia a una cristiandad común absorbió el intransigente llamado a la defensa de la catolicidad y la idea de Occidente fagocitó la de la *hispanidad*, destinada a extinguirse como un *flatus voci* con el cual llenar las fastuosas celebraciones del 12 de Octubre.

Traducción: Ricardo Pasolini

¹⁵⁷ *Ibidem*, pp. 561-564.

¹⁵⁸ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 3 de abril de 1948.

¹⁵⁹ AMRES, Buenos Aires a Madrid, 18 de junio de 1948.